

Peanut Jones

y el final del arcoíris



LA AVENTURA MÁS MÁGICA DEL MULTIPREMIADO

Escrito e ilustrado por

ROB BIDDULPH



ANAYA

EL ARTE ES LIBERTAD

Título original:
Peanut Jones and End of the Rainbow

1.ª edición: marzo de 2024

© Del texto y las ilustraciones: Rob Biddulph, 2023
Publicado por primera vez en 2023 por Macmillan
Children's Books, un sello de Pan Macmillan
© De la traducción: Beatriz García Alonso, 2024

© Grupo Anaya, S. A., 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además
de las correspondientes indemnizaciones por daños
y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo
o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su
transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de
cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-143-3465-2
Depósito legal: M-1533-2024
Impreso en España – Printed in Spain



MÁS PODEROSO QUE LA ESPADA

KONG

AMOR
AMOR
AMOR

Para Sarah,
por haber sabido llevar el timón del barco.





Prólogo

Los ojos del señor Blanco se fueron estrechando a medida que la cortina comenzó a bajar.

Sobre el escenario, la primera bailarina de *El lago de los cisnes* parecía exhausta mientras recibía los aplausos del público. Meterse en la piel de las dos protagonistas debía de ser agotador: por un lado, interpretaba a Odette, la preciosa princesa cisne, y, por otro, a Odile, la malvada cisne negra. Sin duda, aquello exigía dosis altísimas de concentración. El señor Blanco sabía bien cómo se sentía la bailarina. Él mismo llevaba desempeñando dos

papeles muy distintos durante mucho tiempo. Tratar de mantenerlos separados estaba siendo complejo y, en ocasiones, incluso extenuante. Bueno, al menos aquello no se prolongaría mucho más. El final de aquel juego se atisbaba en el horizonte.

Blanco lanzó una mirada a sus dos acompañantes y sacudió la cabeza. «Menudo par de idiotas —pensó—. Ignoran por completo el verdadero motivo por el que hemos venido a ver esta estúpida actuación. —Sonrió—. Y eso que hace bien poco la dolorosa verdad se hizo evidente. Es cuestión de tiempo que ELLA aparezca con los bobalicones de sus amiguitos a cuestas. Y entonces, por fin, empezarán a desencadenarse las últimas fases de mi plan, y estas dos idiotas habrán valido para algo».

Alzó el brazo y se colocó el sombrero.

La dama rubia se dirigió a él.

—Ha sido FANTÁSTICO, ¿verdad? —le dijo.

—A mí me ha encantado —contestó la mujer galesa, sin poder disimular un entusiasmo en la voz que pilló por sorpresa a Blanco—. Pero ahora debemos regresar al hotel rapidito. Mañana nos toca madrugar. He reservado un pase privado para contemplar *La última cena* de Leonardo da Vinci, que está ahí en esa pequeña iglesia de la esquina. Debemos estar allí antes de que empiece a aparecer todo el gentío. Le ha costado un dineral, señor Stone, así que hay que aprovecharlo.

Él gruñó y movió la cabeza en señal de aprobación.

—Pues venga, vamos, queridos —continuó Nerys—. Tengo el presentimiento de que mañana va a ser un día movidito.



Parte 1

... en la que Peanut
intenta un rescate arriesgado



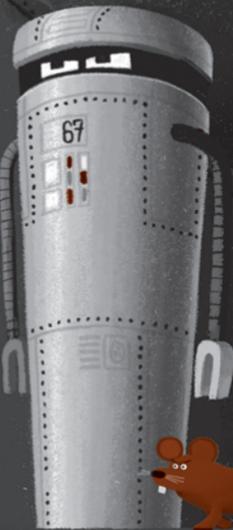


1

Por el subsuelo

Avanzaban a buen paso por un pasillo largo y de metal. Gary Jones iba abriendo camino seguido de su hija Peanut, la hermana pequeña Little-Bit, el hermano mayor Leo y el gran amigo de Peanut, Rockwell Riley. En la retaguardia iban Woodhouse, una rata parlante con un marcado acento de Glasgow, y 67, un gigantesco robot plateado que acababa de desertar del ejército RARCE de la ciudad. Rockwell iba tratando de alejarse lo máximo posible de la rata, pero le resultaba difícil dada la estrechez de aquel pasillo.

—¡Guau! ¡Cuántos libros! —dejó escapar Little-Bit mientras, a su izquierda, observaba



las estanterías repletísimas de manuales que recorrían toda la longitud de la pared—. ¿De qué van, papi?

—Fundamentalmente, de Croma —le contestó—. Me los trajeron Woodhouse y 67. Tenía que ser productivo e invertir las horas en algo útil durante todo el tiempo que estuve escondido, así que me dediqué a aprender todo lo que pude sobre este lugar y su historia. A fin de cuentas, he pasado una larga temporada aquí. Los libros se convirtieron en una buena distracción. ¡Os echaba tantísimo de menos! —Tiró hacia sí de Little-Bit para darle un abrazo rápido.

Hacía tan solo unos meses que papá se había escapado de la Aguja, una torre inmensa en el centro de Ciudad Ilustrada que, hasta hacía poco, funcionaba como cárcel para los enemigos del maléfico alcalde de Croma, el señor Blanco. Aunque papá había estado años entre rejas, el tiempo avanzaba a una velocidad mucho mayor en Croma. Así que, en lo que a sus hijos respecta, únicamente se había perdido poco más de doce meses de su vida. Que, con todo y con eso, ya era bastante.

Pocos días después de su desaparición, había llegado una postal a casa de los Jones que, supuestamente, era suya. En ella decía que había dejado a la familia para irse a vivir a México. Peanut no se creyó ni una palabra. Ella estaba segura de que su padre nunca los dejaría, y se había mostrado muy elocuente. Sin embargo, la madre de Peanut, Tracey Jones, se había tomado

aquella postal al pie de la letra, estaba furiosa con su marido y no le perdonaba que los hubiera abandonado.

Ahora que se había demostrado que Peanut tenía razón, la niña estaba ansiosa por darle a su madre la gran noticia: que su padre no los había dejado tirados. Muy al contrario, el pobre hombre había sido secuestrado y encarcelado en una torre del centro de una ciudad ilustrada en otra dimensión por el señor Blanco, que, casualmente, era el *alter ego* del señor Stone, su jefe en la empresa de contabilidad.

Peanut dejó escapar un suspiro. Era consciente de lo inverosímil que sonaba todo aquello. Sin embargo, era completamente cierto, y



mamá debía saber la verdad cuanto antes, sobre todo porque en ese preciso momento estaba con el señor Stone en Milán, y Peanut pensaba que corría peligro.

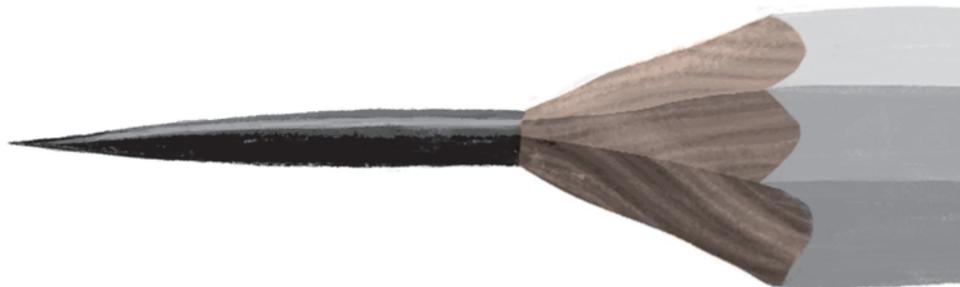
—Venga, venga, aceleremos el paso —dijo papá con dulzura pero determinación en sus palabras—. Es importante que lleguemos a Italia cuanto antes para rescatar a vuestra madre.

Como sabía lo peligroso que podía ser el señor Stone, Peanut se alegró de que papá hubiera trazado un plan tan rápido.

El grupo consiguió llegar a la puerta situada en el extremo final del pasillo y el padre giró la pesada rueda de metal que iba unida a ella. Al rotar, emitió una especie de silbido extraño. Una vez desbloqueada, abrió el robusto portón y mandó entrar a todo el mundo en una diminuta habitación sin ventanas. Dio un sonoro portazo tras de sí, volvió a bloquear el acceso con otra gran rueda, y pidió a 67 que presionara el botón que había en la pared. Toda la habitación se estremeció y comenzó a desplazarse hacia abajo despacio.

—¡Oooh, un ascensor! —gritó Rockwell—. ¿A dónde nos lleva?

—Espera y verás, amigo —respondió la rata Woodhouse.





Las distintas partes



eanut miró a su padre y sonrió mientras descendían. Sin poder resistirse, le preguntó:

—Entonces tú eres el verdadero descendiente de Conté, ¿no?

Nicolas-Jacques Conté fue un famoso ingeniero francés que inventó el lapicero a finales del siglo XVIII. Su prototipo, el lápiz número uno, también conocido como Grafito, descansaba ahora mismo cómodamente en esa bandolera de Peanut que le colgaba del hombro y en la que guardaba sus materiales de arte.

OR E

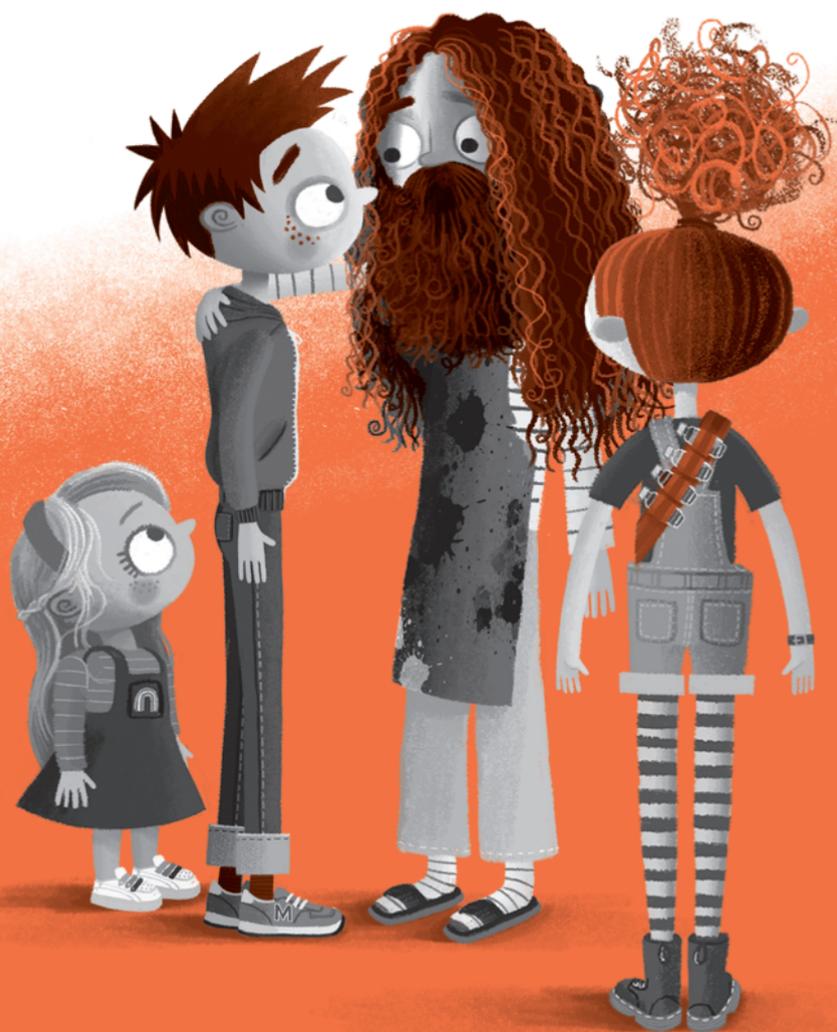
Habían sido las propiedades mágicas del lápiz (el hecho de que cualquier cosa que dibujara se volviera real) las que habían llevado a Peanut y sus amigos por primera vez a Croma cuando la niña esbozó una puerta en su dormitorio y la atravesó. Esa capacidad de crear portales era exclusiva del lápiz, y precisamente era la que hacía que el señor Blanco lo ansiara con tal desesperación. Se lo había llegado a robar a Peanut durante su primera aventura en Croma, pero, por fortuna, ella había conseguido recuperarlo. A Peanut aún le costaba asimilar que ese artista de espíritu libre que era su padre fuera el heredero de Conté. Sin embargo, claro que se lo creía. A fin de cuentas, aquello solo podía ser cosa de un genio artístico.

—Bueno, eso es lo que dicen los Markmaker —le respondió papá. Millicent y Malcolm Markmaker eran los líderes del ejército de la Resistencia de Croma, ese al que Peanut, Rockwell y Little-Bit habían ayudado para que recuperara el control de la ciudad—. Y parece ser que el señor Blanco piensa lo mismo. Por lo que sabemos, he sido su principal objetivo desde que descubrió la existencia del lápiz número uno. Es probable que crea que yo soy el heredero, y sabe muy bien lo que el heredero puede hacer con el lápiz. Por eso tuve que mantenerme oculto durante la batalla por la Aguja, para que Blanco no me atrapara.

—Si lo hubiera hecho, te habríamos rescatado —soltó Little-Bit muy convencida.

—Estoy seguro de que habrías hecho todo lo posible —añadió papá con una sonrisa en la cara—, pero, francamente, dudo mucho que Blanco me hubiera dejado en una situación salvable durante demasiado tiempo. Ya sabéis a lo que me refiero... Sospecho que quiere acabar con el heredero de Conté cuanto antes.

Peanut, Little-Bit y Leo se quedaron blancos solo de pensarlo.

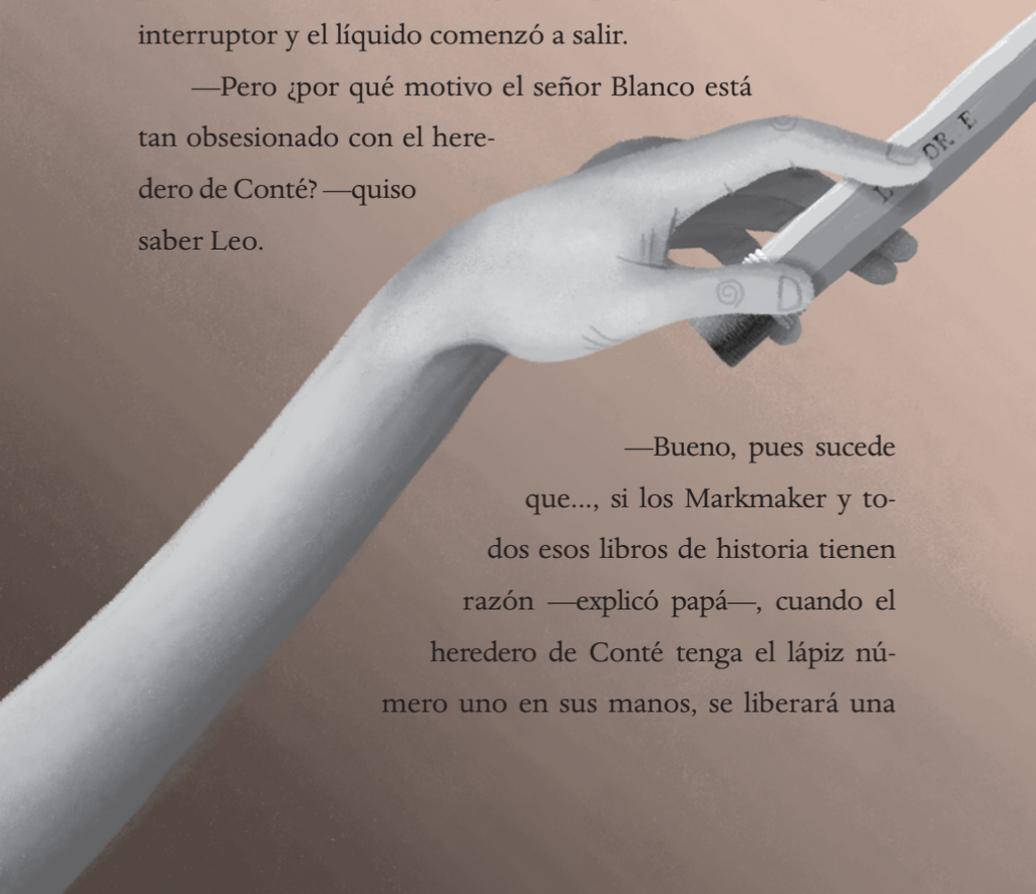


—Ey, no, no, no, no os preocupéis, hijos —los calmó rápidamente papá al ver sus caras de susto—. Nunca dejaré que me haga daño. Y, además, ahora que vosotros estáis aquí conmigo para protegerme, no se atreverá a ponerme la mano encima.

Poco a poco el color comenzó a regresar a las mejillas de sus hijos.

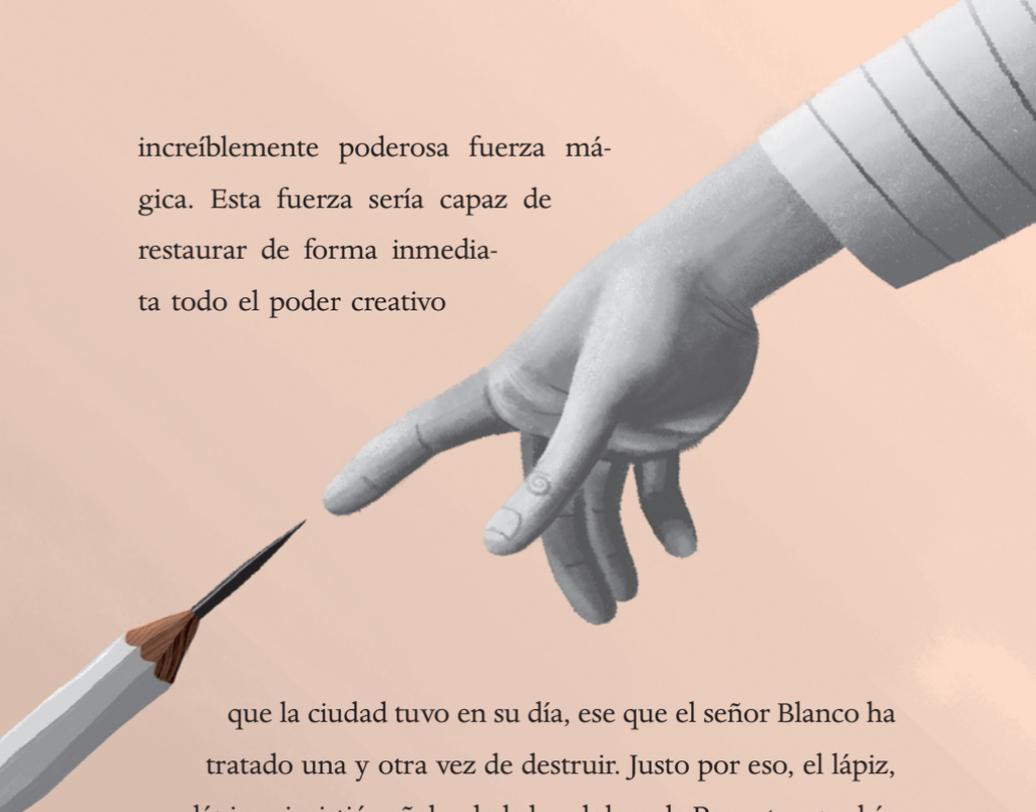
El ascensor se detuvo de repente y papá presionó el interruptor situado a la derecha de la puerta. En ese instante una pequeña pantalla se iluminó, y en ella empezaron a salir borrosas imágenes en blanco y negro de otra habitación que parecía estar rebosante de agua. Al poco, pulsó un segundo interruptor y el líquido comenzó a salir.

—Pero ¿por qué motivo el señor Blanco está tan obsesionado con el heredero de Conté? —quiso saber Leo.

A detailed illustration of a hand holding a pen. The hand is rendered in a light, almost white color with fine lines for shading and texture. The pen is dark with the letters 'DR. E' visible on its side. The background is a soft, warm gradient of light brown and beige.

—Bueno, pues sucede que..., si los Markmaker y todos esos libros de historia tienen razón —explicó papá—, cuando el heredero de Conté tenga el lápiz número uno en sus manos, se liberará una

increíblemente poderosa fuerza mágica. Esta fuerza sería capaz de restaurar de forma inmediata todo el poder creativo



que la ciudad tuvo en su día, ese que el señor Blanco ha tratado una y otra vez de destruir. Justo por eso, el lápiz, ese lápiz —insistió señalando la bandolera de Peanut—, podría ser nuestra arma más poderosa contra Blanco y su plan de destruir Croma. Por eso, ahora que hemos recuperado a Grafito, es incluso más importante que yo permanezca escondido. Estamos ya muy cerca de acabar con todo esto. Necesitamos que las dos partes del arma se mantengan a salvo hasta que hayamos capturado a Blanco. Y esas partes son el lápiz número uno y yo.

—¡Espera! —clamó Rockwell—. ¿Y por qué no podemos darte a Grafito ahora? ¿No solucionaría eso todo al instante?

—Mmm, la idea resulta tentadora —afirmó papá—, pero es demasiado arriesgada. Antes de hacer nada con el lápiz, quiero asegurarme de que capturamos a Blanco y de que mamá está a salvo. Ahora mismo hay mucha incertidumbre.

Peanut sacó a Grafito de la ranura especial de su bandolera, y se quedó mirándolo fijamente. Era mucho más pesado que cualquier otro objeto de su tamaño.

—Tan pequeño —susurró— y a la vez tan importante. ¿Estás seguro de que no quieres cogerlo ahora? —Tendió el brazo para ofrecérselo a su padre.

Sus ojos se abrieron de par en par y tragó saliva. Hizo ademán de levantar la mano, pero rápidamente la dejó caer a un lado del cuerpo.

—No. No hasta que Blanco esté entre rejas. Nadie tiene la certeza de cómo funciona la magia, y, como los Markmaker siempre dicen, solo tenemos una oportunidad. Debemos hacerlo bien.

3

La cámara de aire

Cuando el agua de la habitación que se veía en pantalla se hubo vaciado, papá giró la rueda para abrir la puerta. De nuevo, esa especie de silbido. Accedieron a una habitación incluso más pequeña con una escotilla redonda en el extremo opuesto. Era la habitación que habían visto en la pantalla y el suelo aún seguía húmedo. En cuanto estuvieron todos dentro, 67 cerró la puerta. Otra vez aquel silbido.

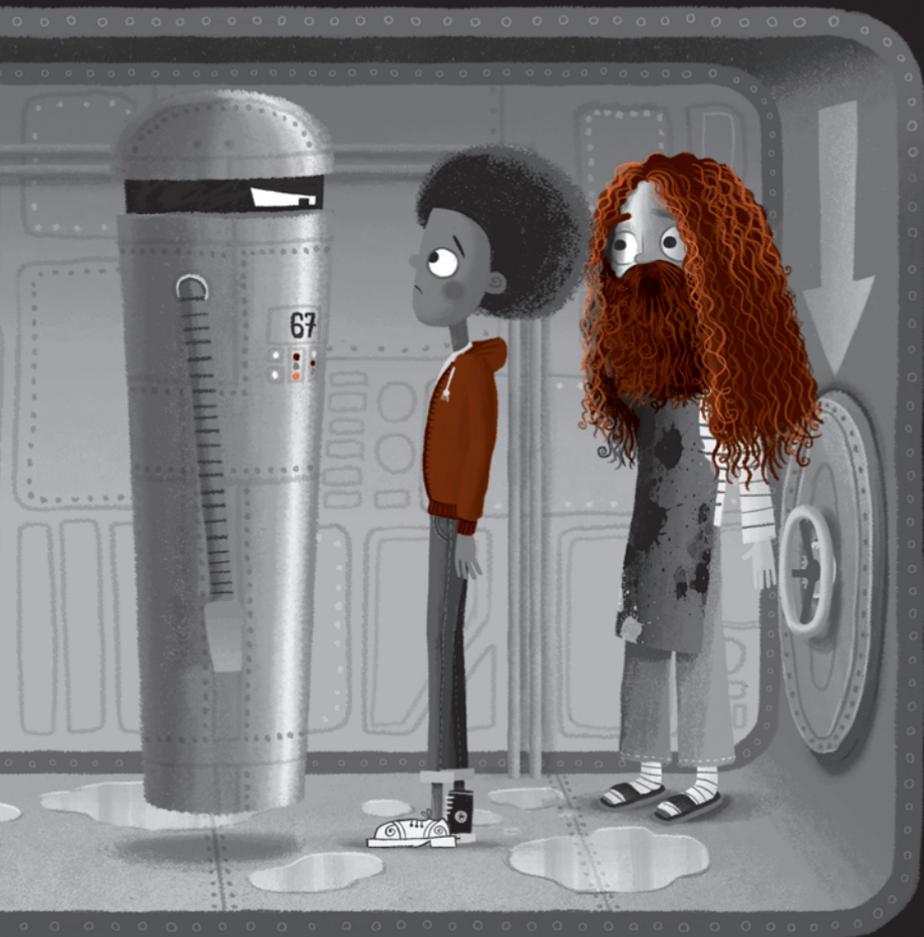
—Ah, es una cámara de aire —puntualizó Rockwell—. Los astronautas las utilizan. Creo que tiene que ver con que se acostumbren a estar por ahí fuera en el espacio después de haberse pasado años sentados en una cómoda nave espacial.

—Eso es incorrecto —lo corrigió 67—. Por favor, que nadie se quede con lo que acaba de decir el Humano Alto. Está demostrando una absoluta falta de conocimiento.



—¡Oye! —exclamó un atónito Rockwell—. Te estás pasando, ¿no te parece? Vale, de acuerdo. Si esto no es una cámara de aire..., entonces ¿qué es, Einstein?

—En realidad, me llamo 67. Soy un RARCE de segunda generación diseñado por Josephine Engelberger, de Croma. Albert Einstein fue un físico teórico muy conocido por su trabajo en el campo de la física cuántica y, en particular, por publicar la teoría de la relatividad y la fórmula $E = mc^2$ de la equivalencia



entre masa y energía. Este dato de que no somos el mismo ser debería estar más que claro para cualquier persona con una instalación cognitiva en pleno funcionamiento. —El robot se volteó hacia papá—. Gary Jones, sospecho que el Humano Alto es considerablemente menos inteligente de lo que él piensa.

—Pero él... ¿de qué va? ¿Está hablando en serio? —preguntó un asombrado Rockwell al tiempo que buscaba con la mirada a Peanut para recibir su respaldo. Su amiga se encogió de hombros.

—Disculpa, pero yo no soy «él» —señaló 67 volviendo a encararse a Rockwell—. Los RARCE no tenemos un género preasignado.

—Eeh, oh, sí, disculpa —le respondió Rockwell—. Perdóname, no quería...

—Disculpa no aceptada —lo interrumpió 67. Rockwell se quedó boquiabierto—. De cualquier modo, ahora mismo no estamos en el espacio. Creo que debería ser evidente para cualquiera con un mínimo sentido común. De hecho, estamos muy por debajo de la capa freática, ya a punto de acceder a un entorno subacuático. Por ello, se han de tomar determinadas precauciones en relación con la presión del aire. Es decir, hemos de equalizar a través de una secuencia de descompresión. O sea, se debe ir ajustando hasta que la presión en la cámara actual coincida con la presión en la cámara de destino. He de admitir que existen ciertas similitudes con los sistemas de cámara de aire de los astronautas, pero, en lo más fundamental, son muy diferentes. Es muy fácil de entender, incluso para un ser con una capacidad tan limitada de asimilar información como el Humano Alto que tenemos aquí.

—Toma ya, Humano Alto —exclamó Little-Bit con una risilla nerviosa—. Seguro que la próxima vez lo piensas dos veces antes de hablar.



4

El submarino,

Una vez que el silbido se detuvo, papá abrió la escotilla redonda e hizo pasar a todo el mundo a través de ella. Esta habitación era bastante distinta a las demás: más larga y más estrecha, con un toque retro, como si fuera el interior de una de esas naves espaciales que salían por la televisión allá por los años sesenta. La mayor parte de la habitación iba forrada en un níquel plateado y estaba engalanada con remaches, tuberías relucientes y manómetros redondos con agujas que giraban muy despacio. Los niños miraron a su alrededor con ojos brillantes y curiosos.

—¡Qué pasada! —exclamó Little-Bit al tiempo que estudiaba atenta el interior con forma de tubo—. Me recuerda al metro de Londres, excepto por lo de que aquí las ventanas

son más pequeñas y no hay esparcidos por el suelo tantísimos ejemplares de ese famoso periódico, el *Evening Standard*.

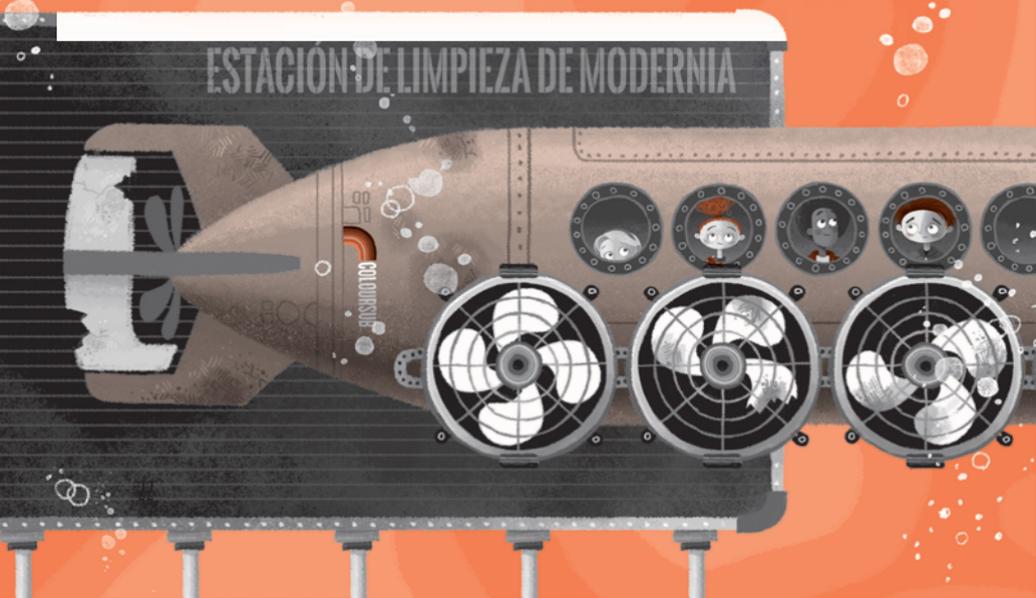
—Un momento... ¿Eso es agua? —preguntó Peanut, mirando a través de uno de los muchos ojos de buey que se alineaban a cada lado de la habitación—. Pero ¿estamos en un submarino?

—Efectivamente, muchacha —le respondió Woodhouse—. He de decir que nosotras, las ratas, solemos preferir huir de barcos a punto de naufragar, por lo que es extraño esto de meterte en uno de forma voluntaria.

—¿Estamos en el lago Arcoíris? —interrogó Rockwell—. ¡Fijaos cuántos colores distintos!

El interior de aquella nave estaba bañado en un caleidoscopio de luz ondulante que entraba a través de las ventanas. Cada ojo de buey regalaba una vista de un color distinto.

El lago Arcoíris era el cuerpo mágico de agua que rodeaba la Aguja en el mismísimo centro de Croma. Todo el mundo



que nadaba en él quedaba imbuido de un sorprendente espíritu creativo. De hecho, se decía que todos los grandes artistas que ha habido a lo largo de la historia en algún momento de su vida se zambulleron en el lago antes de crear sus maravillosas obras de arte. Así, era considerado el centro neurálgico de la creatividad mundial.

—No exactamente —pronunció papá en respuesta a Rockwell—. Pero sí estamos muy cerca. En realidad, nos encontramos en el canal de limpieza del lago Arcoíris. —Apuntó a varios dispositivos con forma de hélice adheridos a la parte exterior del submarino—. ¿Veis esas ruedas con filtros? Se encargan de limpiar el agua y ayudar con la corrección del color.



—Creo recordar que alguien nos habló alguna vez de la corrección del color —dijo Peanut—. Pero ¿por qué hace falta limpiar el agua? Yo pensaba que era mágica.

—Así es, tiene propiedades mágicas, pero, para mantener todo su potencial, el agua debe estar en condiciones óptimas —explicó papá—. Por eso se la hace circular periódicamente por estos canales. Aquí se trata con cuidado para que siempre esté perfecta. O al menos así es como se debería proceder. Lo cierto es que el programa de limpieza lleva muchísimo tiempo sin funcionar. Como veis, casi toda la maquinaria está abandonada y la mayor parte del agua está estancada.



Los niños observaron a través de la ventana y, en efecto, algunos de los filtros situados a los laterales del submarino estaban oxidados. En varios de ellos incluso faltaban las cuchillas. Peanut advirtió otro submarino varado y sin vida a su lado en el lecho del canal. Se veía abollado y sucio.

—Pese a su estado actual, siempre me sorprende lo preciosa que es el agua del Arcoíris —confesó papá sin apartar la mirada de esas coloridas bolsas de agua cambiantes y oscilantes

que rodeaban la embarcación—. Es como estar dentro de la lámpara de lava más bonita que haya existido nunca. Y no imagináis lo increíble que es estar compartiendo con vosotros un pedacito de toda esta belleza, aun cuando las circunstancias no sean las ideales. ¡Llevo contemplando todo esto solo tantísimo tiempo! Esos colores brillantes siempre me hacían pensar en vosotros, Peanut.

La niña sonrió. Papá le devolvió la sonrisa y alzó la vista hacia la superficie del agua.

—Dicho esto, ahora mismo los niveles están bajísimos. La situación es preocupante. La parte buena es que, como nadie



está vigilando los canales, podemos usarlos para viajar por toda la ciudad sin ser vistos.

—¿Acaso el agua del lago Arcoíris recorre toda Croma?
—dudó Peanut.

—No toda, pero sí la zona suroeste. El agua sucia sale del lago Arcoíris y va en dirección sur a lo largo de una prolongada vía submarina hasta llegar a las afueras de la ciudad. Y ahí es donde estamos ahora mismo, en la estación

ubicada justo a la salida de Modernia. A continuación, el agua se bombea en el sentido de las agujas del reloj alrededor del perímetro de Croma, hasta que alcanza la estación situada en las proximidades de Valles Verdes, que es justo el punto en que gira y enfila dirección este por otro canal que finalmente regresa al lago. Para entonces suele estar ya brillante y con el color corregido.

—Qué procedimiento más ingenioso —admitió Little-Bit—. Así que el agua se limpia mediante varios sistemas de filtros, uno de los cuales consiste en una flota de submarinos como esta que tenemos aquí, ¿no?

—Sí, eso es —respondió papá—. Y puesto que se trata de un proceso constante, el agua del lago se encuentra en perfectas condiciones todo el tiempo. O al menos así debería ser si el sistema funcionara como debe.

—¿Cómo ha podido llegar a este estado tan terrible? —preguntó sorprendido Rockwell.

—Todo esto está totalmente abandonado desde que el señor Blanco fue proclamado alcalde —explicó papá—. Digamos que lo de mantener la calidad del color del lago Arcoíris para que continúe siendo un recurso creativo no ha ocupado un lugar preferente en su lista de propiedades. Por fortuna, yo fui capaz de volver a poner en funcionamiento este submarino. Por supuesto, con la inestimable ayuda de 67.

Rockwell lanzó una mirada al robot que no fue correspondida.

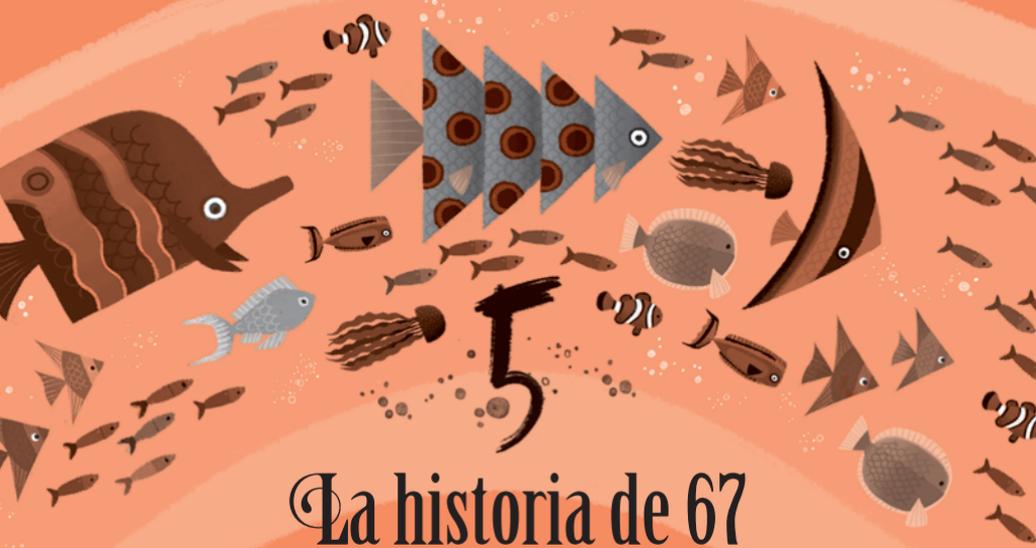
—De cualquier modo, deberíamos irnos —impelió papá.

Se desplazó hacia el extremo opuesto del submarino y tomó asiento detrás de dos grandes palancas de mando, un panel de control de aspecto estresante y un enorme periscopio. Presionó unos cuantos botones, pulsó un par de interruptores e hizo girar una llave de contacto plateada. Los motores se encendieron de inmediato, lo que dio lugar a una explosión de diminutas burbujas que invadieron el agua que circundaba la nave. Peanut se detuvo a observarlas a través de la ventana. Le devolvían el eco de las nerviosas burbujas de energía que sentía en su barriga.

—Tenemos que salir de aquí —insistió papá, acercando hacia sí el visor del periscopio—. Cuanto más tiempo malgastemos, más peligro correrá mamá.

Empujó la palanca de mando izquierda. El submarino se tambaleó hacia adelante y se fue abriendo camino a través del agua de los colores del arcoíris a un paso lento pero seguro.

—Leo, Peanut, Little-Bit —los apresuró papá—. Venga, vamos a rescatar a vuestra madre.



La historia de 67

Los niños miraron a través de los ojos de buey, maravillados, mientras el submarino seguía avanzando. —Qué locura de peces—dijo Little-Bit haciendo referencia a la miríada de criaturas que vivían en el canal de limpieza—. Ese de allí parece un árbol de Navidad, y juraría que acabo de ver una medusa que fácilmente pasaría desapercibida por su aspecto insignificante. Es más, hasta me hizo sentir un poco de hambre.

—¿Tiene alguien idea de qué hora es? —preguntó papá desde detrás del periscopio situado en la parte delantera del submarino.

Peanut miró su reloj.

—¡Ay, ha dejado de funcionar! —se lamentó.

—Un suceso común cuando una persona está cruzando dos dimensiones —puso



de manifiesto 67 con la mayor naturalidad del mundo—. Acontece sobre todo cuando el ritmo temporal cambia. Doy por sentado que tu reloj es un oscilador armónico, lo que significa que la inercia del volante regulador y la elasticidad de la balanza de resorte muy probablemente hayan estado sujetas a demasiados cambios. Solo los mejores

movimientos son capaces de contrarrestar tal ajeteo durante un extenso período. Es más, diría que tu reloj ni es un Rolex de calibre 3235 ni es un Lemania 2310... con independencia de que incluya o no un escape coaxial.

—Eeeh, a ver, creo que lo que el robot está intentando decir es que este viaje entre Croma y Londres se ha cargado



tu reloj —tradujo Rockwell—. Deja que le eche un ojo. He leído un par de libros sobre ingeniería que incluían cuestiones básicas de relojería. Yo creo que soy capaz de apañarlo.

Peanut se quitó el reloj y se lo dio a su amigo.

—Si yo fuera tú, no permitiría que el Humano Alto me diera tantas falsas esperanzas, Peanut Jones —espetó 67 sin pelos en la lengua, lo que molestó, y mucho, a Rockwell—. Por otro lado, y respondiendo a tu pregunta, Gary Jones, aquí en Croma ahora mismo son las 18:04 horas.

—Eso significa que probablemente aún sea ayer en Milán —recapacitó papá, y empujó aún más hacia adelante la palanca de mando—. Este viejo trasto es bastante lento, pero debería llevarnos a tiempo a Valles Verdes.

—¿Por qué vamos hacia Valles Verdes? —curioseó Peanut.

—Te lo explicaré más tarde —contestó papá—. Mientras, deberías intentar dormir un poco. Tienes descansar, necesitarás toda la energía posible.



—Esto... 67 —lo llamó Little-Bit al tiempo que se sentaba cerca de donde el robot flotaba—, ¿puedo hacerte una pregunta? ¿Por qué traicionaste al señor Blanco? ¿Qué te hizo decidirte a ayudar a nuestro padre? ¿Y cómo conseguiste sacarlo de aquella cárcel?

—Técnicamente me has hecho cuatro preguntas, Pequeña Humana —replicó el robot—. No obstante, me hace feliz responderte a todas ellas. Yo soy ya un RARCE de segunda

generación, es decir, en mí hay una mejora considerable respecto del modelo inicial. Los programadores me han concedido más autonomía. O sea, nosotros podemos tomar nuestras pro-



pias decisiones. Tenemos la capacidad de sopesar situaciones y actuar como mejor consideremos sin necesidad de recibir ninguna instrucción. Por eso, en cuanto vi lo que estaba sucediendo en Croma, tomé la determinación de actuar.



—Eso justo fue lo que nos dijo 72 en Die Brücke —añadió Peanut, que había estado escuchando con disimulo desde el banco situado en la otra punta del submarino.

—¿Qué es 72? —indagó 67.

—El otro RARCE que conocimos —explicó Peanut—. Era un robot buenísimo. La verdad es que se le echa de menos.

—Entendido —afirmó 67, quien, para sorpresa de Peanut y Little-Bit, no parecía querer saber mucho más—. Continúo. Enseguida me percaté de que vuestro padre era el detenido máspreciado del señor Blanco. Y como tal, estaba retenido en una de las celdas de mayor seguridad situadas próximas a la parte alta de la Aguja. Ahí es donde se encerraba a los enemigos más valiosos de la ciudad. En ese momento decidí fijarme el objetivo de liberarlo.

—¡Oh, guau! —se admiró Little-Bit—. ¿Y los Markmaker te ayudaron igual que echaron una mano a 72? ¿Tú también eres un agente de la Resistencia?

—Negativo —confesó 67—. Yo actué solo.

—¿Y cómo lograste sacar a papá de allí? —indagó Leo, que se moría de ganas de saber cómo se las había apañado un robot para rescatar a su padre.

—Tracé un plan de lo más ingenioso que luego estuve meses ejecutando. Recurrí a un extintor, al agua del lago Arcoíris, a una tubería de desagüe y a los canales de limpieza.

—Cuenta, cuenta —dijeron al unísono Peanut y Little-Bit.

—El señor Blanco llevaba mucho tiempo drenando agua del lago Arcoíris. Bombeaba una pequeña cantidad hasta la parte alta de la Aguja, que era la que luego utilizaba para rellenar su propia piscina arcoíris, ubicada justo por debajo de la sala de control. Creo que su plan consistía en ir vaciando el lago poco a poco y quedarse con un suministro para uso propio. De ahí el que hubiera toda una red de bombas y tuberías entre el lago y el último piso de la torre.

—¡Caaaaro! Eso explica el agua que Rockwell y yo vimos al levantar la escotilla en la sala de control —exclamó Peanut, haciendo memoria de la última vez que había visitado la Aguja.

Al escuchar su nombre, Rockwell alzó la vista desde su asiento, a unos cuantos metros más allá.



—Aún hay más —continuó—. Enseguida descubrí que, aparte de las tuberías que hacían ascender el agua hasta la piscina del señor Blanco, también había otra que devolvía una cantidad reducida al lago para que todo el suministro pudiera circular por los sistemas de limpieza y corrección del color. Aunque los sistemas no funcionaban de forma óptima, seguían siendo bastante eficaces con volúmenes de agua pequeños. Esta tubería había sido instalada en la cavidad existente entre los muros exteriores e interiores, exactamente igual que todas las demás. Sin embargo, en contraste con las otras, esta bajaba en espiral, lo que permitía controlar la velocidad del agua. Y me percaté de que, gracias a eso, sería seguro hacer viajar a un humano por su interior.

—O sea que era algo así como una mezcla de tobogán gigante y tobogán de tubo cerrado en espiral, ¿no? —sugirió una emocionada Little-Bit.

—Afirmativo. Así es, una descripción muy precisa, Pequeña Humana —admitió el robot.

—Entonces solo necesitabas meter a papá en esa tubería, ¿no? —siguió Leo.

—Afirmativo —volvió a decir 67—. Y debo reconocer que eso fue relativamente sencillo. A todos los prisioneros se les permitían diez minutos de ejercicio al día. Para aquellos presos en la unidad de máxima seguridad, ese ejercicio consistía en dar dos vueltas caminando por el pasillo que comunicaba las celdas. Siempre en compañía de un RARCE, por supuesto. Así que lo único que tuve que hacer fue ingeniármelas para

ocuparme de él durante ese rato de ejercicio, convencer a Gary Jones de mi intención de rescatarlo, explicarle mi plan y luego tratar de que accediera a participar.

—¿Y cómo conseguiste que se metiera por esa tubería?
—quiso seguir curioseando Little-Bit.

—Eso fue lo más sencillo. Me hice pasar por alguien de mantenimiento de la última planta, y, mientras fingía arreglar una parte del circuito en uno de los paneles de comunicaciones, hice una enorme abertura en la pared que acto seguido disimulé con un extintor. Luego, durante la siguiente sesión de ejercicio, al pasar junto a ese extintor, Gary Jones abrió la escotilla, trepó para meterse por la tubería y se deslizó por el canal de agua arcoíris sucia que bajaba y bajaba hasta llegar a desembocar en el lago Arcoíris. Luego nadó lo más rápido que pudo hacia el canal de limpieza, ese que baja hacia el sur, y siguió hasta la estación de limpieza de Modernia. Evidentemente, para Gary Jones fue un viaje largo y muy complicado, pero lo logró y resultó un éxito.

—Jamás podría haberlo hecho sin ti —gritó el padre desde su posición al frente del submarino—. Aquí el verdadero héroe eres tú, 67. Un héroe y un amigo de verdad.

Los ojos del robot pasaron momentáneamente de verde a rojo. Era como si se estuviera ruborizando.

—¿Y después te reencontraste con papá en la estación de Modernia? —siguió preguntando Peanut.

—Afirmativo —soltó el robot—. Y ahí fue donde también nos reencontramos con la rata.

«Un viaje emocionante a un mundo mágico lleno del genial humor de Rob»

David Walliams

Algunas leyendas nacen de la punta de un lápiz...

El malvado señor Blanco no parará hasta que el arte y la creatividad hayan desaparecido. Y esta vez ha ido demasiado lejos: ha puesto en peligro a la madre de Peanut, y solo ella y sus amigos la podrán salvar. Una misión repleta de acción que les llevará al corazón de la Ciudad Ilustrada, pondrá a prueba su amistad y desvelará secretos que harán que Peanut se cuestione todo lo que creía saber...



El desenlace de una serie llena de magia,
aventuras, amistad y arte, del genio creativo
Rob Biddulph

«¡Peanut Jones
es increíble!»

Nadia
Shireen

«¡Este libro
es épico!»

Laura Ellen
Anderson

ANAYA

1525275

ISBN 978-84-143-3465-2



9 788414 334652

www.anayainfantilyjuvenil.com